

# **Anatomía y función digestiva de la mente: formación simbólica vs canibalización de significado**

Inés Cots, Rosa Castellà y Lluís Farré

## **Introducción**

Comer es vivir... y después reproducirse; estas son las únicas condiciones para la supervivencia del material orgánico. La vida no conoce la ética: los reguladores se establecen a través de delicados equilibrios y adaptaciones que aseguran la supervivencia. Darwin estableció las primeras hipótesis de tales procesos, iniciando la andadura hacia la comprensión de su fascinante complejidad.

Primero fue comer, asegurar las extensiones para acercarse a las fuentes de alimentación y herramientas para conseguir nutrientes y fragmentarlos en partículas elementales asimilables. Se hicieron necesarios dientes como cuchillos y prensas molares, y ácidos disolventes para traducir la materia viva en pasta asimilable... Nada más.

La misteriosa aparición del fenómeno mental trastoca el orden de la naturaleza; le hace falta a la materia dotarse de significado para asegurar la supervivencia de una nueva estructura, que vive entreverada con ella, y a la que le corresponde crecer: la mente necesita alimentarse de significado. La especie biológica que dará lugar a lo humano pasa de pura materia orgánica a animal simbólico y, como tal, necesita alimentarse de símbolos. Bion nos ha dado un modelo para entender la extrema dificultad que supone la construcción de un tracto digestivo adecuado al metabolismo y producción de símbolos a partir de las experiencias emocionales del humano en su rodar por el mundo.

Este equipo necesita un continente capaz de acoger la experiencia y extraer su significado, sin deshacerla ni triturarla como sucede en los procesos orgánicos; este nuevo tracto digestivo no destruye sino que acoge y genera sentido.

No resulta nada claro que sólo la genética garantice la construcción de tal equipo, como sí sucede, en cambio, con el sistema digestivo para lo biológico; por el contrario, parece reclamar una construcción caso por caso, individuo a individuo, en las condiciones especiales de intimidad de la relación madre-bebé, y en las sucesivas esferas — familiares, grupales, sociales— en las que el hombre crece.

## **Sobre la función digestiva de la mente**

Bion se pregunta acerca del misterioso proceso que subyace a la producción de pensamiento a partir de cómo dejara planteado el problema Freud. Freud había dado por supuesto que el pensar era el producto natural de la insatisfacción; el pensamiento comprendería un complejo proceso en el que participarían el reconocimiento de lo que no hay, la observación y análisis de los datos presentes, la toma de decisiones, y la movilización de acciones orientadas estratégicamente a la consecución de un objetivo capaz de satisfacer las necesidades. Pero, ¿cómo se fabrica este producto supuestamente natural? Parece ser que de natural tiene bien poco; requiere un trabajo mental que, a tenor del imperativo bíblico, debe ser duro, no exento de dolor, que se hará manifiesto en el sudor de la frente.

En realidad Bion quiere acercarse al misterio que formula Wittgenstein. El filósofo vienés propone que debemos renunciar a la afirmación del Yo pienso y sustituirla por el Yo soy testimonio de que en mí se ha dado un pensamiento. Acerca de esto que se da, entiende que es inútil hablar en tanto pertenece al dominio del misterio; así que de lo que no se puede hablar, afirma, lo mejor es callarse. Pero Bion sí quiere hablar, y lo hace, aunque asegura que no va a proponer una teoría del pensamiento sino un modelo para poder pensar el pensar.

Muy esquemáticamente el modelo —recordemos, es sólo un modelo— vendría a ser como sigue. El soma requiere un aparato garante del fundamento biológico de la vida, un sistema digestivo apto para metabolizar alimentos. De igual modo, eso que denominamos mente —aún aceptando que requiere de un soporte físico para que pueda darse, y que asumimos como una cualidad diferencial característica de la especie humana— también exige un equipo apto para lo que le es propio, a saber, la metabolización de las experiencias emocionales, que constituyen su razón de ser y son indispensables para su desarrollo ilimitado.

Bion define la experiencia emocional como el acontecer del encuentro del humano con el mundo, entendiendo por tal tanto lo que está más allá del perímetro de su piel como lo que percibe como mismidad —si es que podemos hablar de tal cosa como uno mismo, *self*, etc. Entiende que en toda experiencia emocional concurren tres emociones básicas, a saber, L, H y K (amor, odio y conocimiento). El amor implica la capacidad para reunir e integrar datos dispersos; el odio, la posibilidad de deshacer trabazones, necesaria al logro de nuevas agrupaciones; el conocimiento, el empuje y afán en la búsqueda de la Verdad. Coincide con el Keats de la *Oda a una urna griega*, en aquel punto en que el poeta afirma que la Belleza es

Verdad y la Verdad belleza, y que eso es cuanto necesitamos conocer de este mundo.

Como antes apuntamos, este aparato digestivo mental no se da sin más, requiere de un vínculo capaz de construirlo. La complejidad está ahí, en la medida en que eso que ha de advenir a comprender, a conocer el mundo, tanto el externo como la realidad psíquica, requiere del mundo para su construcción.

El "mundo" del recién llegado es la madre, y de esa relación se seguirá la construcción de una mente, con las peripecias propias de cualquier desarrollo arquitectónico. Bion supone que el infante humano es incapaz de procesar los datos y dar sentido a las experiencias emocionales que vive. Supone también que una madre suficientemente buena —recordemos a Winnicott— será aquella dotada de la capacidad de *rêverie* —ensoñación, captación y comprensión inconsciente de lo que el bebé está experimentando— como para devolver a la criatura las experiencias que ésta comunica en forma asimilable, a través de los cuidados adecuados en tiempo y oportunidad: con el gesto, la palabra y su musicalidad, la emoción congruente, etc. Es así que la madre se ofrece como un continente para acoger el contenido emocional que la criatura no puede significar; o dicho en otras palabras, predigiere y regurgita en forma comestible lo que ha de constituir el alimento mental de su criatura. Bion postula que la reiterada actividad de la *rêverie* materna, esa particular relación entre continente y contenido, permitirá la introyección de tal función en la realidad psíquica del bebé, constituyéndose allí como un objeto interno pensante, o lo que viene a ser lo mismo, activando la función psicoanalítica de la personalidad. Las sucesivas esferas —familiares, grupales, sociales— en las que el hombre crece continuarán desarrollando y manteniendo esta actividad. De acuerdo al modelo bioniano, es esta función la que se restaura o promueve a través del proceso psicoanalítico, gracias a la función que el analista desempeña, y es la que permitirá que el autoanálisis continúe una vez acabado el tratamiento.

La construcción de este aparato digestivo de la mente corre una suerte incierta. La soledad, la espera que no admite demoras, las experiencias emocionales que vienen cargadas por el sufrimiento insoportable de carencias excesivas, el fracaso en el ajuste postnatal madre-bebé, el sufrimiento fetal, entre otros muchos aspectos, pueden arruinar el programa. Y muy especialmente el conflicto estético, que según Meltzer se desarrolla a causa del impacto que la belleza y complejidad del mundo causan en el bebé, produciendo incertidumbres intolerables. Es así que se erigirán bastiones defensivos frente a las experiencias emocionales, fuerzas orientadas a la aniquilación y despojo de su sentido, y/o maniobras que

intentaran por la fuerza desvelar lo que, como se advierte en la Isis de Sais, no puede ser desvelado.

Meltzer conceptualizará la actividad de la Identificación Intrusiva como maniobra disparatada que pretende ese saber que no se muestra, y describirá el mundo del Clastrum como fracaso de todo conocimiento. Es en este punto que sus formulaciones se entrelazan con las de Bion. Según Bion ante el fracaso en el tratamiento de las experiencias emocionales se levantarán antiemociones -L, -H y -K, cuya finalidad ya no será la de comer, digerir y sintetizar el significado, sino la de despedazarlo y canibalizarlo. El objeto internalizado no será un promotor del proceso psicoanalítico de la mente, y por ende el artífice del pensamiento; será como Cronos, cruel devorador caníbal de cualquier retoño de pensamiento. En otras palabras, la existencia se retraerá a un modelo primigenio en el que el único imperativo válido será la supervivencia.

Bion construye unas tablas para acompañar su modelo. La tabla positiva, regida por la actividad L, H y K, en la que se reflejan los niveles de creciente complejidad de construcción del pensamiento, y la tabla negativa, liderada por la actividad -L, -H y -K, por la que se constata la destrucción de las experiencias emocionales, la degradación y perversión del sentido, y el triunfo de la mentira. Si la tabla positiva da cuenta de la construcción de alimento mental, la negativa revela su intoxicación y envenenamiento.

## **De los relatos**

Es este modelo el que, a nuestro juicio, hace completamente pertinente el título del encuentro: ¿comemos experiencias emocionales con el resultado fecundo de la formación simbólica o canibalizamos esta posibilidad despedazando el significado?

Los relatos míticos, el acervo literario y poético, y el discurso que se traba con nuestros pacientes en la tarea clínica, contribuyen a dar luz sobre estas dos maneras de comer: una produciendo sentido sin fin, la otra destruyéndolo y reconduciéndonos a la natural condición de animalidad de los orígenes. Desde la intersección de algunos de estos diferentes relatos, entre los cuales adquirirán especial protagonismo el cuento de la Caperucita Roja y la Historia del profeta Jonás, intentaremos dar sentido al trabajo que deseamos compartir.

Todos estos relatos se refieren, de una u otra forma, al papel de las bocas, cavidades aptas para la recepción de alimento y cajas de resonancia para la palabra, sede desde la que comunicar verdades o propalar mentiras. La boca que se abre, es tanto esperanza para la llegada del *logos* como trampa para canibalizar verdades, y regurgitar

después los restos del naufragio con la marca del engaño, la falsedad y la perversión. También la boca es el lugar para el manifiesto de la ira —la que llega de la mano del profeta, es decir, del hombre corriente poseído por la Verdad— por los desastres cotidianos de este mundo en el que desde los poderosos llega el caos, la injusticia, el engaño y las arbitrariedades, a las mentes y los cuerpos de los débiles sometidos; es esa ira que proviene de la verdad ultrajada, aquella que, en el relato bíblico lleva el sello imperativo, mandatario, de la orden de Yhavé a Jonás: "*Levántate y vete a la gran ciudad de Nínive, y proclama en ella que ya no soporto más su perversidad*".

### **La referencia caníbal en nuestro primer poeta**

"*Canta, oh musa, la cólera de Aquiles...*" Así inaugura Homero La *Ilíada*, con la ira incontenible del héroe, esa experiencia que no puede resolverse más que con la destructividad. Es más explícito cuando hace referencia al canibalismo, asociándolo a la violencia y afán de aniquilación de aquello capaz de suscitar ira salvaje y alimentar el odio. En uno de los pasajes de la *Ilíada*, Zeus acusa a Hera de odiar a Troya:

*"¡Infeliz! ¿Qué daño te hacen Príamo y los hijos de Príamo tan grande, para que con tan vehemente furor te obstines en devastar la bien edificada fortaleza de Ílio? Si entraras en las puertas de Ílio y en los largos muros y devoraras crudos a Príamo y a los hijos de Príamo y a los demás troyanos, sólo así te curarías esa ira"*.

En cuanto a Zeus, confirma con esta misma cólera que un día destruirá, según le agrade, una ciudad donde viven seres humanos queridos de Hera: "*No trates de aplazar ni un momento mi ira y permítemelo*". Hera abandona sin la menor vacilación las ciudades que más ama: "*Argos, Esparta y Mecenas, de anchas calles. Saquéalas cuando las odies en lo más hondo de tu corazón*".<sup>1</sup> Como destaca Citati (*Ulises y la Odisea*, Galaxia Gutenberg, 2008, p. 67) se trata de un pasaje siniestro, porque revela que también en el cielo hay *hybris*, aunque los dioses no puedan, por definición, pecar de *hybris*.

En el trasfondo de la violencia de Hera hallamos el fracaso en la resolución del conflicto estético, agente fundacional, según Meltzer, del proceso de desarrollo de la mente. Meltzer (1988) sostiene que la reciprocidad estética en la diada madre-bebé es condición indispensable para tolerar la belleza y su misterio, y para esperar el conocimiento que se deriva del encuentro con ella. Hera padece la ausencia de reciprocidad al sentirse desdeñada por el juicio de Paris,

---

<sup>1</sup> *II. IV 31-36, 39-53*

que se inclina decididamente por Afrodita. La predilección del priámda sentencia así el hado aciago de Troya.

### **De Caperucitas y lobos**

El cuento de Charles Perrault nos relata a través de un lobo antropomorfizado —un animal que ha accedido a la palabra—, la suerte de una mente sólo capaz de canibalizar la experiencia emocional, esa directamente vinculada al impacto de la belleza. En efecto, a Caperucita se la describe como una chica cuya hermosura viene fuertemente realzada por la capucha roja, que enmarca su rostro. El cuentista alude a los sentidos del lobo, no abiertos al conocimiento del objeto bello, sino sólo orientados a su control, posesión y canibalización: los ojos, patas y dientes son meros instrumentos de la condición animal al servicio de la depredación. La reversión de sus funciones queda clara a través del engaño: el lobo pretende que Caperucita le vea abierto a la experiencia de su belleza, todo ojos y oídos para verla y entenderla. También golpeando con suavidad la puerta, pretende y consigue que la abuela interprete erróneamente la personalidad del visitante y le permita la entrada en la casa. Así es como opera la tabla negativa de Bion, es el lugar donde la mentira, revestida de apariencia de Verdad, promueve la destrucción de sentido y el dominio de la confusión.

Pero Perrault posiblemente va mucho más allá. Por esto su cuento es tan inquietante y misterioso. Desde el lado de Caperucita, vemos una mente que no ha podido incorporar un objeto pensante: las recomendaciones de la madre no sirven a la muchacha, incapaz de comprender ese objeto con el que se encuentra en el bosque y que representa la vertiente ominosa de la experiencia estética. Caperucita roja se nos presenta como sólo eso, una caperuza, un continente incompleto, superficial, no interiorizado ni desarrollado. De ahí que no sea capaz de hallar sentido a las evidencias que se ofrecen a su percepción: sus ojos no ven al lobo suplantando a la abuela, y sus oídos son incapaces de evaluar adecuadamente las diferencias entre la ronca voz del animal y la dulce y débil de la enferma.

Pero el misterio no acaba aquí. El relator nos habla de un nuevo continente, el vientre del lobo, del que el avisado cazador conseguirá rescatar, inmodificadas, a la abuela y la niña devoradas por el animal. Un continente cuyo contenido será reemplazado por piedras, que llevarán al lobo sediento al fondo del estanque donde hallará la muerte. Es la historia, en suma, de un continente incapaz de modificar los contenidos, de transformarlos, más allá de lo concreto y pesado de la experiencia vivida, en leve y sutil material apto para el pensamiento. De ahí el ahogo y muerte de la mente.

### **De la historia de Jonás y su ballena, y de otras ballenas**

La Historia del profeta Jonás remite a la de los hombres que han perdido el sentido del vivir, continentes agrietados que es necesario rehacer o reparar. El propio Jonás deberá ser tragado por un continente-ballena para que él mismo pueda dejar de actuar-huir y sea capaz de comprender... aún cuando con dificultades. La ballena es el continente no destructor que acoge, permite la reflexión y que, cuando devuelve-vomita el contenido, aporta un nuevo sentido: Jonás será ahora diferente, y se conducirá de modo distinto. Este es un proceso inacabable: Dios, ese objeto que habla desde los sueños, deberá seguir hablando y enseñando a Jonás, indefinidamente, para posibilitar la ilimitada transformación de la mente.

El continente del que Jonás emerge iluminado se reitera en múltiples historias, aunque con diferente fortuna. Las que más nos sorprenden son las de Collodi, con su mentiroso muñeco de madera, Pinocchio, y la de Melville, con el odio y sed de venganza del capitán Ahab. En la primera, el títere de la nariz larga, destructor sistemático del sentido fraguado por su álder Pepito Grillo, seducido y embarrancado una y otra vez por la mentira, deberá naufragar y ser tragado por la ballena para hallar en ella la luz, el lugar de reencuentro con su creador, Gepetto, el padre que inútilmente trató de introducir un sentido en los articulados pedazos de leño. De ese continente emergerá para devenir niño, ser dotado de mente capaz de desarrollo ilimitado, ya nunca más manipulable como un títere... si se anda con tiento.

En *Moby Dick*, la cólera de Ahab, la sed de caza, dominio, venganza y destrucción, harán, del continente, Leviatán blanco, monstruo infernal que despedazará navíos y hundirá cuerpos y mentes en abismos de oscuridad. Ahab, como Hera, no renuncia a la violencia, aquella que sembró tierras y arenas con los cuerpos despedazados de los hijos de las madres aqueas y troyanas; y así pasa Ahab de largo del continente donador de vida y generador de sentido. Es Ismael, el único superviviente del *Pequod*, el que nos habla en esta oportunidad: *"... por debajo de este maravilloso mundo sobre la superficie, otro mundo aún más extraño se encontraron nuestros ojos al mirar hacia el costado de la lancha. Pues, suspendidas en aquellas bóvedas acuáticas, flotaban las solícitas figuras maternas de las ballenas y aquellas que, por su enorme contorno, parecían estar próximas a ser madres. El lago era, como ya lo he insinuado, a una profundidad considerable, de una claridad sumamente transparente y, al igual que niños humanos, que mientras maman contemplan de modo calmado y fijo algo más allá del pecho, como si llevaran dos vidas diferentes, y mientras toman un alimento mortal, están dándose un festín espiritual con alguna reminiscencia de otro mundo, del mismo modo estas crías de ballenas parecían mirar hacia*

*nosotros, pero no a nosotros [...] en su visión de recién nacidas*<sup>2</sup>. Ahab, en su ceguera, no verá este espacio de iluminadas transparencias; espoleado por su apetencia, más que precedera mortífera, sus ojos no participarán del festín espiritual de construcción de significado, y su obcecada voracidad no hallará un continente pecho blanco nutricio, sino un monstruo asesino que le arrastrará al abismo.

Pero volvamos a Jonás, y a la necesidad de contemplar un panorama más amplio al del estricto relato, para que nuestra aproximación cobre un mayor sentido.

Las culturas judía y cristiana han interpretado de manera muy distinta la historia de Jonás. En nuestra tradición cultural se ha visto encumbrada por el episodio del gran pez que se traga al profeta *in turbato mare irato* merced a la analogía cristiana, cristalizada en los evangelios. En Mateo (12, 40), Jesús, al serle requerida una señal, responde: *"Porque así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del monstruo, también el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra"*. Y de ella el Hijo del hombre saldrá transformado en luz, puro espíritu, que iluminará a su vez a los discípulos.

Jonás también saldrá del pez transformado. Jaume Coll, en su proemio al *Nabí* de Josep Carner (2002, p. 11) se refiere a la famosa portada del monasterio de Ripoll, porque en la arquivolta de la izquierda se representan cinco episodios del ciclo de Jonás. De este arco, semejante a la boca del cetáceo, dirá Verdaguer en los épicos versos del *Canigó* (1886): *"Quién pase por debajo de este arco/bien podrá decir que, en síntesis sagrada/el mundo, el tiempo y la eternidad ha visto"*. La referencia a la gran visión, la Iluminación, es inequívoca, la misma que declara el Buddha Gautama cuando al salir de tal estado, después de un intenso aislamiento en meditación, asegura que en el tránsito se le hicieron presentes los infinitos Buddhas del pasado y del futuro. Algo así refiere el psicoanalista Bion (1992), en la multiplicidad de vidas y estados de la mente que se suceden e interpelan en su *A memoir of the future*. En el salmo carneriano, las entrañas del mamífero constituyen un continente, remanso de paz para el fugitivo, y la tiniebla de sus fauces invita a rehacer un maltrecho diálogo interior: *"Mi seso renace en la sombra"* (Carner, 2002, IV, 2), recita aliviado Jonás en su plegaria.

Jonás, milagrosamente sano y salvo, aguarda *"agachado, doblado en este secreto de tumba/como en la espera de mi nacimiento"* (Ibíd. IV, 15-16). De ahí saldrá a la luz, iluminado, y la verdad de su palabra conmocionará a los ninivitas. Porque la palabra es lo que nos hace

---

<sup>2</sup> H. Melville, *Moby Dick*, cap. 87, La gran armada, Alianza Editorial, 2005, p. 597.



humanos, y no podemos sufrir, como Yhavé, la perversidad de su utilización, al servicio de la pérdida de sentido, sin ver seriamente amenazada la evolución de millones de años que culminó en el nacimiento de la mente.

Como apunta Lledó, parafraseando a Bion sin saberlo (*La palabra más libre*, Babelia, el País, 22.11.08), "... el hablar 'se dice de muchas maneras'. Las palabras pueden fluir, facilitar inteligencia, dar luz, construir comunidad, o también ofuscarse, deteriorarse, corromperse. Parece que este enfrentamiento entre lo positivo y lo negativo, entre la creación y la corrupción es la empresa esencial del existir como seres humanos. Porque estos dos territorios se confunden y enmarañan y en ellos nos perdemos. Esta pérdida ocurre porque ya nosotros mismos estamos perdidos, descarriados; porque hemos apagado la luz del pensamiento, la autarquía de mirar con los propios ojos, o porque la asfixia de los medios de comunicación o de una escuela y educación entontecedora haya acabado por aniquilar nuestra responsabilidad y nos haya enterrado en la fosa de la alienación (...) La degeneración de la mente y el crecimiento de la mentecatez es posible (...) por los enormes charcos de información, por el imperio de opiniones tóxicas, de mensajes podridos que, sin darnos cuenta **tragamos**. Este fenómeno, cada vez más presente en la paradójicamente llamada sociedad de la información, enreda y devalúa el cerebro y, de paso, va mutilando la capacidad de pensar". Estamos de nuevo en Nínive, y es así como Lledó acaba: "La mirada sobre el lenguaje, la pregunta continua sobre las significaciones es una función educativa y una de las grandes empresas de la cultura"...

¿Por qué de la corrupción del *logos*? ¿Por qué de su perversión a través del trastorno del significado? Quizá Jonás nos ayude a entender alguna cosa, sólo alguna de ellas.

Hagamos un pequeño recorrido, restituyendo, en primer lugar, el sentido a algunas palabras; así, Nabí ha sido otro modo de nombrar a Jonás el profeta. El término significa "vocero, intérprete, y en las Escrituras vale por intérprete de Dios." Así lo ve el poeta: "— Ve a la pompa de Nínive, Jonás, ve sin demora, y yo latiré en tus palabras—" (Carner, 2002, V, 84-85). Esta es la función universal del profeta: es el portador de la palabra, aquella que merece el calificativo de tal en tanto que relicario de la Verdad. Pero para ser portador, el profeta debe ser un renunciante; como el *saniasi* hindú, ha de caminar ligero de equipaje. Así ha de ser, porque el afán de posesión, el deseo, constituye la vía de acceso a la corrupción y la amenaza a la verdad.

Jonás, como todo aquel que quiere custodiar su integridad mental, su capacidad para pensar y dar sentido a las experiencias emocionales, debe hacer un sinnúmero de renunciaciones, asumir una enorme responsabilidad. Esa es la carga que hace flaquear al profeta —y

también al psicoanalista cuando asume la regla de abstinencia característica de su trabajo—, la que le lleva a remolonear en su yacija de retamas cuando le despierta el agujón del mandamiento que le llega del sueño, y a quejarse de un modo que sólo el poeta es capaz de expresar:

*"Diste la vida al inicuo y no le turbas;  
¿tan sólo al dócil con tu freno escueces?  
Quítame pues, Jehová, la vida.  
Tal es este vivir, que bien es que muera—.*  
(Ibíd. VIII, 42-45)

y más adelante:

*"No —decía Jonás—.  
Por esta vez pase de mí tu llamamiento"*  
(Ibíd. I, 1-6, 13-14)

Jonás experimenta con dureza extrema la renuncia a las satisfacciones del mundo, y su ánimo flaquea... y la queja brota:

*Hubo un tiempo Jehová, en que Tú no oprimías mi vela,  
ni me lanzabas de pronto a las sendas extrañas.  
Tenía buen oficio, y a llanos menesteres  
me inclinaba la brisa matutina.  
Vivía en mi lugar, el lindero del bosque:  
cuando podía, el companaje ahorraaba,  
ansioso de mercar mi viña en la ladera.  
Buscaría mujer, ya techada mi casa,  
y celado en la noche, plantaría linaje.  
(Porque es bueno que el hombre tenga un sitio,  
y que al volver de la labor del día  
se siente en el umbral a holgarse en las estrellas,  
y su mujer acercándose paso,  
diga en dichosa pesadumbre: "De haber nacido estoy pagada".)*  
(Ibíd. I, 47)

Esa es la queja del que ha decidido apartarse de la vida cotidiana, de lo simple, para ser porteador, *sherpa* de la abrumadora carga de la luz, esa cruz que el Hijo del hombre cargará más adelante. De ahí se comprende la irritación de Jonás cuando después de su sermón en Ninive, y el temor de sus habitantes a la furia de Jehová, la perversión desaparecida cuenta de inmediato con la misericordia de Dios. ¡Él soportando tanta privación por ser el portador de la palabra y los ninivitas con tanta facilidad redimidos!

*—Por qué de nuevo  
haste compadecido, oh Tú que llevas*

*al criminal en brazos como recién nacido?*  
(Ibíd. VIII, 121)

Pero la redención no es nunca fácil. Requiere un reconocimiento del extravío. Así lo formula el rey de Nínive una vez ha escuchado la palabra profética:

*— Perdíme en la locura,  
sufrí la calentura  
de centelleos vanos.  
Y un áspero lenguaje desentornó mis ojos  
y ya aborrezco mi poder como una lepra.  
Y vuélveme el dolido pensamiento  
de una piedad que luego creí bastarda y sierva:  
de mi piedad antigua, cuando yo niño y con el arco, por primera  
vez abatiera a un pájaro que por la luz volaba.*  
(Ibíd. VII, 112-113)

La posesividad que abate el vuelo por la luz... y a continuación, la renuncia:

*Pero ya el saco vestiré, en cenizas  
arrellanado como un pordiosero.  
Que en toda la ciudad, por mis heraldos,  
suene pregón de penitencia extrema.*  
(Ibíd. VII, 116-117)

Este es el esfuerzo exigido para mantenerse en la tabla L, H, K positiva (Bion, 1962), las coordenadas dentro de las cuales se hace posible la luz, la generación de significado, y con ella el desarrollo indefinido de la mente: no hay facilidad, todo lo asible debe ser inmediatamente dejado, en un caminar sin fin del pensamiento a la búsqueda de luz. Las estrellas están ahí no sólo para contemplarlas desde el cómodo asiento; están para andar incansablemente, como los *saniasis*, bajo el resplandor de su belleza y misterio.

Así lo concluye Carner, haciendo sonar en Jonás las siguientes palabras:

*Y sintiéndome hundido  
en precipicio más profundo  
que el despeñado, como dudoso levanté la frente;  
y viendo escrita en las estrellas  
una promesa de piedad del mundo,  
adoré el nombre de mi Dios, a rastras.*  
(Carner, 2002, IX, 139)

## De los relatos clínicos

**Irene** pidió ser atendida por una crisis de ansiedad. Tenía problemas con la comida a causa de su voracidad; después de hartarse de lo mejor y más caro, se sentía mal.

Con escasa capacidad para la reflexión, dominada por la impulsividad, se sentía viviendo en un mundo jerárquicamente estratificado presidido por la grandiosidad, y sus objetivos vitales se orientaban a escalar hasta la cumbre para lograr la mejor posición posible. En este sentido, odiaba tener que trabajar en la carnicería familiar a causa de que no encontraba ocupación ejercitando la profesión para la que había estudiado.

La mejora sintomática la llevó a interrumpir el tratamiento precozmente; después de un año sin noticias de ella, solicita una nueva cita.

Manifiesta sentirse muy emocionada en el reencuentro con la terapeuta, así como ante el nuevo consultorio, que le parece muy bonito. Dice no saber por qué acude de nuevo, salvo que quiere contar cómo le ha ido la vida, los momentos malos por los que ha pasado y que todavía no entiende. Reconoce haberse sentido ayudada por otras personas, y ocasionalmente ha tenido que recurrir a los psicofármacos. Está embarazada de tres meses, sabe que espera un varón y, aunque deseado, lo lleva mal, como el embarazo anterior. Su hermana Cristina —con la que siempre rivalizó—, aún en psicoterapia, está embarazada de una niña; reconociendo sentirse muy ayudada para poder llevar bien el embarazo, aconseja insistentemente a Irene para que reinicie su tratamiento

Quejosa, Irene refiere que algunos miembros de su familia la han tachado de loca por este embarazo exclusivamente decidido por ella, si se tiene en cuenta la problemática relación con el marido, empeorada con la gestación; se refiere con desprecio a su pareja, y a todos los hombres en general, por su falta de responsabilidad, de dedicación y de eficiencia: una panda de inútiles. No ama a su esposo, quiere separarse de él en cuanto pueda mantenerse sola; y así se lo ha anunciado. La reacción de él la ha dejado chocada: *"Ya era hora de que tomaras esta decisión; esa es, por lo menos, una salida a tu tendencia a no decidir y a sentirte claustrofóbica"*.

Coincidiendo con los días en que su hija estuvo enferma y se le hizo muy duro cuidarla, y pensando en el reencuentro con la terapeuta, tuvo un sueño que la angustió: *"Yo estaba ingresada en un hospital, en una sala con más mujeres, y no podía salir. El médico me decía que tenía que tomar un medicamento, y yo no quería. Entonces me ponían en una piscina y me sumergían la cabeza, y como que tenía*

*que respirar cuando me dejaban sacarla, aprovechaban entonces para introducirme el medicamento. En la sala había una pecera con dos peces".* También habla de su trabajo, actualmente de administrativa, el mejor que podía encontrar y con unas condiciones laborales muy buenas... *"pero es un asco; aunque sea lo último que haga, algún día tengo que irme de allí".*

Irene nos hace pensar que aunque el continente sea el mismo no necesariamente son iguales los contenidos: los peces pueden ser distintos, como lo son Irene y Cristina. Cristina es un pez que abre la boca espontáneamente y hace un reconocimiento de la comida que la pecera le ofrece. Sabe del papel de su terapeuta —asociado en la fantasía a un pene que participa en la fecundación— en la buena marcha del embarazo; considera una locura que Irene pretenda una fecundación sin ayuda.

Irene es el pez que cierra la boca, y que sólo bajo tortura —la del ahogamiento por inmersión de la cabeza— tragará, ¡qué remedio!, la participación de la comida-medicamento-semen del que poder quedar embarazada física y mentalmente. Sólo la dureza vivida intentando cuidar a su hija en la enfermedad, la remite a su incompetencia como pez presuntamente autosuficiente. Ella quiere estar por encima del resto de las mujeres, en otra sala, en otro nivel, superior, en el que no hay ni rastro del papel del hombre; quiere ser la mujer que bien pudiera hacer suyo aquel viejo modelo masculino del *self made man*, en este caso en versión femenina: el narcisismo extremo hecho virtud.

Pero, ¿de dónde sale este capital que la "autocapacita"? La voracidad, en tanto que síntoma, nos habla de la depredación como sistema de capitalización, aunque luego le sienta mal. Es verdad, le sienta mal porque aunque el mito sostenga que canibalizar a otro es el modo de incorporar sus cualidades, Cristina le recuerda que es la dependencia de un objeto bueno y no su canibalización la que lleva a buen puerto el desarrollo. Eso es lo que Irene todavía no entiende: que debe reconocer que necesita ayuda, que necesita madre, y también padre, y tratamiento... y que debe abrir la boca y luego reconocer la bondad y eficiencia de lo recibido, en vez de degradarlo como hace con todo lo mejor que *"podría encontrar"*, desde la comida hasta el trabajo.

Es mucho lo que tiene que entender Irene. Poco tiempo más tarde confiese que ha tenido fantasías de que el hijo que crece en su seno le está devorando las entrañas, y ella, aún deseándole todo bien, también ha sentido ganas de devorarlo, de destruirlo, porque cada vez va ocupando más espacio dentro de su cuerpo. Ahí, en la siniestra fantasía de Irene, se materializa ese contenido-pez capaz de aniquilar canibalísticamente al continente... y retaliativamente amenazado por la pecera caníbal. De ahí la experiencia de

claustrofobia en un espacio invivible, el mundo del Claustrum meltzeriano, jerarquizado, persecutorio, donde la única salida posible es elevarse hasta la cumbre, por encima de los escombros de vínculos destruidos por la depredación.

¿Cómo se llegó aquí? ¿Qué transformó el útero en Claustrum? ¿Cómo se dio el tránsito de la emoción del encuentro con este espacio bonito y necesitado, como el del consultorio, completamente nuevo y preparado para recibirla, al desapego e interrupción prematura anteriormente vivida, tanto en el tratamiento como en la relación madre-bebé/Irene? ¿En qué momento del desarrollo empezó la ambivalencia en la relación continente-contenido como la que Irene refiere en este momento en relación con su embarazo?

Queda mucho por entender, y excede nuestros propósitos aquí y ahora.

**Diana** consulta por fobias al vómito. Se automedica y regula de forma obsesiva los biorritmos intestinales y la ingesta de alimentos para evitar el vómito. Manifiesta haber quedado traumatizada porque vomitó sangre después de una amigdalectomía practicada cuando tenía cinco años, durante la noche en la que la dejaron sin acompañante en la habitación del hospital.

Relata episodios de vómito después de un dolor lumbar, prolegómeno de una peritonitis y el hallazgo de un gran quiste de grasa en el abdomen. Inicialmente se pensó en una neoplasia maligna. En el momento de la consulta ha conseguido una baja forzada por el temor a contagiarse de una gastroenteritis vírica que afecta a varios compañeros de trabajo. Refiere que de los 10 a los 14 años necesitaba tomar caramelos de menta para poder dormir; de lo contrario, temía vomitar y no podía conciliar el sueño. Siempre ocultó a todo el mundo sus temores al vómito, hasta que empezó una vida en pareja y no pudo ocultarlo por más tiempo.

Los recuerdos más vivos de su infancia se refieren al padre, un alcohólico que llevaba "mala vida", lo que fue causa de la separación de los padres cuando Diana tenía trece años. Recuerda esconderse en la cama, debajo de la manta, para no ver ni oír a su padre bebido, vomitando y discutiendo con la madre; y añade que ella tenía muchos problemas de niña, pero nadie los veía.

El padre murió hace tres años, y en el periodo en que cuidó de él — después de largos años en que no quiso ni verle—, acompañándole en la etapa final de la enfermedad, desaparecieron los temores al vómito. Durante el entierro no pudo llorar y no podía hacerse a la idea de no volver a verlo nunca más.

Ha dejado de hacer múltiples actividades y mantener relaciones, tanto por el temor al vómito como por poder quedar contaminada por virus. Las conductas evitativas y los rituales compulsivos, como el lavado de manos, ocupan buena parte de su vivir. Aunque su compañero lo desea, ella teme quedar embarazada y vomitar.

El relato de Diana, que con fines expositivos necesariamente tenemos que abreviar, nos habla de experiencias emocionales que han tenido que enfrentarse en soledad, sin el abrigo de un continente capaz de metabolizarlas y conferirles sentido. Es así que han de ser canibalizadas y vomitadas, aunque el temor al vómito revela el sufrimiento anticipado de la contemplación de sus restos sangrientos. No ha habido ojos para ver sus dificultades y ella tampoco ha podido desarrollar un aparato mental capaz de ver y dar cuenta de lo que le acontece. Es así que no puede ver que ya no podrá ver nunca más a su padre.

Incapaz de asumir experiencias altamente dolorosas, aprendió a ocultar su cabeza, a taponar sus ojos y sus oídos... y a mantener en secreto el deficiente desarrollo de su mente. Lo que tapó debajo de la manta hoy se descubre al tirar de ella: el continente mental deficiente que la caracteriza no da para ocuparse de unos niños que precisarán, inevitablemente, de un lugar donde colocar el virus de sus padecimientos e incertidumbres infantiles. Diana presiente que no goza de la capacidad de *rêverie* necesaria a la relación continente-contenido que debe presidir una relación madre-bebé suficientemente buena. De ahí sus tendencias evitativas, sus lavados de manos a lo Poncio Pilatos. Pero esta fórmula ya no sirve, está estrechando el cerco de su vida, dándola de baja en la relación de pareja, en la posibilidad de la maternidad, en los vínculos sociales, en la vida profesional. ¿Hasta cuándo la huída?

Quizá una psicoterapia pueda relanzar un desarrollo que quedó estancado, en aquellos problemas que no tuvieron ojos para ver y cabeza para pensar.

**Sor Amelia** fue derivada por un psiquiatra que la venía tratando desde hacía años, a causa de los rasgos rumiativos severos que afectaban tanto su trabajo como la vida en la comunidad religiosa. La paciente describe un agravamiento sintomático desde que cambió de comunidad. Se siente insegura y especialmente fea. Desde hace años nunca se mira al espejo, incapaz de soportar su imagen. Vive el trabajo como una carga y día a día se siente más y más apática.

Comenta el malestar que le producen sus rumiaciones, y describe la comunidad en la que vive como un lugar en el que se producen muchas deserciones. A escondidas, lee revistas del corazón, sólo para ver las mujeres hermosas que en ellas aparecen, a pesar de la

prohibición expresa que pesa sobre tales revistas en la comunidad. Las consigue de algunas propinas de los ancianos que cuida, o incluso de algún dinero que de ellos es custodia. No experimenta ningún remordimiento al hacerlo, y recuerda que en la anterior comunidad la Superiora hacía la vista gorda acerca de esta prohibición, y de otras, como romper el silencio entre las monjas. Su hermana, psicóloga, le aconseja abandonar la vida religiosa, pero Sor Amelia insiste en su vocación a pesar de que no soporta el rigor de la vida conventual y las normas fundacionales. Durante los rezos es incapaz de rezar, porque su mente anda ocupada en otras cosas. Siempre va dándole vueltas a la cabeza con el orden, padece de tics oculares y también de movimientos involuntarios de la cabeza; y se rasca la piel hasta lesionarse.

Atribuye todas sus dificultades a que nunca se ha sentido feliz con la vida que ha llevado, ni en casa con la familia, ni en la escuela ni en la vida religiosa. Hace las veces de enfermera cuidando ancianos y le gusta el orden y la limpieza; es muy "escrupulosa" y esto genera problemas porque nunca están o andan las cosas como ella quisiera. Se enfada con los ancianos que se ensucian, o que pierden la cabeza y el control, que se retraen y no se levantan de la cama, o se resisten a salir de la habitación. Es en este punto que describe un trato frío con ellos y un proceso de degradación progresiva de las relaciones. Explica que puede tener un trato más afectuoso con los desconocidos, hasta que empieza a conocer los defectos. Igual le ha sucedido con Dios: ¿cómo puede Dios quererla con todos los defectos que ella tiene? Antes creía en un Dios-amor lleno de bondad; ahora no, no lo siente padre.

De los cinco hermanos que tiene sólo la psicóloga se ha casado y tiene hijos. Los demás viven solos y alguno también padece de rituales obsesivos.

Presume de que de la primera entrevista ya se sepa todo acerca de ella. En encuentros sucesivos destaca el agravamiento de su situación con el cambio de la Madre Provincial —que introduce un mayor rigor en la orden, restringe el tipo de periódicos que pueden ser leídos, prohíbe terminantemente las revistas del corazón, etc.— Se siente oprimida, ocasionalmente piensa en dejar la orden, pero teme que a la edad que tiene no pueda sobrevivir fuera de ella.

Como era de esperar, después de unas pocas entrevistas abandona el proceso iniciado.

La mente de Sor Amelia se nos presenta como un recipiente sólo apto para la destrucción de todas las experiencias de relación. No es un continente capaz de desarrollar sentido sino más bien un espacio claustrofóbico donde todo es degradado, afeado, enfriado. De esta



degradación, "no se salva ni Dios": ni la familia, ni la escuela, ni la sociedad, ni la comunidad religiosa, ni la profesión... ni Dios. Es inútil que salga de una comunidad para ir a otra; ninguna de ellas pudo darle felicidad, y es difícil imaginar que alguna pueda dársela alguna vez. Su propio cuerpo ha quedado degradado, a fuerza de tics, de arañosos.

El contacto con la belleza del mundo ha sido insoportable; el orden y control que sobre él pretende ejercer, sus "escrúpulos", su obsesionalidad orientada a encontrar la tara y el defecto, erigen un Pandemónium de fealdad que no puede ser contemplado: pasa la vida enmendando la plana a la obra siempre defectuosa de este Dios que la hizo tan fea. Es así que no puede dirigirle la palabra ni reconocer su potestad como padre. ¿Cómo puede rezar al que contemplará con repulsión un trabajo tan mal hecho? Con Él se conduce como una adolescente en plena rebelión contra la autoridad paterna... y también materna, por supuesto.

Sólo a través del resquicio de las revistas del corazón simula mantener un hilo de contacto con la belleza. En realidad es el contacto con una belleza-exhibición, lugar donde se suplanta el misterio por el secretismo, donde hace su agosto el chismorreo, donde se ostenta lo bello en complicidad con el poder, y se siembra la envidia... Se trata de una belleza sin corazón, porque el Dios que tiene Sor Amelia en su cabeza dejó de ser un Dios-amor para convertirse en un Dios sin piedad por sus criaturas, frío ante el dolor, la incapacidad, el sufrimiento de la vejez, el deterioro y la soledad. Es falso que tenga vocación religiosa; se presenta como tal, enfermera de los pobres y ancianos, pero es la representante del antiamor, expoliadora sin remordimiento de los recursos de los que debería ser garante.

Vive en comunidad con un dios hostil que pretende instaurar su orden, un orden sin ningún tipo de originalidad, hecho sólo de rituales; nada parecido a una propuesta de renovación y desarrollo más afectuoso con las criaturas del mundo. Es, sencillamente, un antiorden basado en la pérdida de todo sentido, una rumiación estéril, el vaciamiento de contenido que lleva del conocimiento vero a la pura forma externa del ritual, idéntica a la belleza superficial de las revistas que lee en clandestinidad con vocación quintacolumnista. En cualquier caso no está sola: hay una comunidad de hermanos que comparten su camino, solitarios, obsesivos, ritualistas... De esta comunidad alguien pudo desertar o salirse a tiempo, la hermana, participando con su creatividad de la belleza del mundo. No obstante, su voz y plegarias no pueden ser escuchadas por Sor Amelia, esa habitante del Claustum descrito por Meltzer, esa antítesis de aquel continente capaz de generar sentido del que Jonás podía decir: "*Mi seso renace en la sombra*" (Carner, 2002, IV, 2).

## **A modo de conclusión, si es que puede haberla**

El viaje a través de los relatos, ¿nos llevó a resolver el conflicto entre formación simbólica *versus* canibalización de significado? Posiblemente no. El modelo de Bion es potente, pero tampoco ofrece una respuesta fácil y técnicamente homologable al complejo avatar de la construcción de la mente humana.

Conjeturamos que el canibalismo de significado es otra forma de denominar el ataque a la construcción del pensamiento con la finalidad de aniquilar el libre albedrío, la capacidad de decidir y la responsabilidad de cada cual en la marcha de su ser y estar en el mundo. Es lo que nos hace títeres, aptos para ser usados para lo que haga falta, tanto si es para conservar la especie como para respetar los falsos nombres de cualquier dios. En tanto que oportunidad única para el hecho humano, lo más bello y a la vez más atacado es la posibilidad de pensar y decidir, libremente, desde siempre y para siempre.

Eso también lo comparte Nietzsche en el *Zaratrustra*, cuando al referirse al matrimonio y los hijos denuncia la evidencia de los buscados y paridos para satisfacer cualquier proyecto y no para posibilitar en ellos la evolución hacia un estadio superior de desarrollo, el de los transhombres. Así lo veíamos en el Pinocchio títere, que hasta no alcanzar el ser niño no es nada más que objeto manipulable, víctima del autoengaño y la mentira. Superar el estadio títere reclama pensamiento. Ese que también necesita Jonás, porque ser portador de la Verdad exige renuncia, renuncia a usar nada y nadie "para..."; renuncia a manipular. El Dios de Jonás está harto de los ninivitas, por cómo han caído en la más pura y dura manipulación de los unos en manos de los otros; finalmente, de todos con todos.

Desde la profundidad de los tiempos siempre ha habido quien propusiera soluciones, entre ellas, las diversas formas de ascetismo frente a la depredación caníbal; es una propuesta a la que se han adherido muchas corrientes de pensamiento y también muchas prácticas presuntamente religiosas: muerto el lobo, o el perro si se prefiere, se acabó la rabia. ¿Es eso cierto? Seguramente no. El Buddha Gautama salió tan quemado como escéptico del largo periodo ascético y de extrema mortificación autoimpuesta: *neti, neti*, no es eso, no es eso, dijo. ¿Entonces?

Quien haya visto los ojos de un *saniasi*, extasiados ante el sol naciente brillando sobre las aguas del Ganges a su paso por Kashi, quizá se acerque a una resolución razonable: aceptar y participar del goce de la belleza del mundo y del dolor del vivir, inmersos en la corriente del río del que nos habló Heráclito. Es decir, vivir en el fluir,

en la inpermanencia, en lo mudable, en el tránsito, abandonando todo afán de control, de posesión, de continuidad. Quizá así, y desde la esperanza, el mundo nos regale mañana con la luz de Kashi, la luz del río al que los hindúes le dieron el único nombre posible, el del primer y único mundo: Madre Gangá.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bion, W. (1962): *Learning from experience*. Karnack Books. London, 1984

Bion, W. (1977): *La tabla y la cesura*, Gedisa. Buenos Aires, 1982

Bion, W. (1992): *A memoir of the future*. Karnack Books, London.

Carner, J. (1938-1940): *Nabí*. Turner. Barcelona, 2002

Citati, P.: *Ulises y la Odisea*. Galaxia Gutemberg, 2008,

Homer.: *La Ilíada*. Proa. Barcelona, 1997

Keats, J.: *Selected Poems*. Gramercy Books, New York, 1993

Meltzer, D. (1992): *The Claustrom. An Investigation of Claustrophobic Phenomena*. The Clunie Press.

Meltzer, D. & Harris Williams, M. (1988): *The Aprehension of Beauty*. The Clunie Press.

Melville, H.: *Moby Dick*. Alianza Editorial. Madrid, 2005, p. 597.

Nietzsche, F.: *Así habló Zaratustra*. Alianza Editorial. Madrid, 1972

Wittgenstein, L.: *Investigacions filosòfiques*. Laia. Barcelona, 1983